AL ENCUENTRO DEL OTRO EN NUESTRO NAZARET – 2-
Sevilla, 25 de noviembre de 2017

Hemos dejado nuestra reflexión anterior en una constatación: Dios sale a nuestro encuentro haciendo suyo nuestro Nazaret. En esta primera parte de la mañana hemos profundizado en los aspectos teológicos de esta experiencia. Os invito a dar un paso más, para descubrir juntos en este momento algunas pistas que nos permitan a nosotros ir al encuentro del otro. Dicho en otras palabras, a la luz de lo que hemos reflexionado anteriormente, ¿qué disposiciones, personales y comunitarias, nos ayudarían a ir al encuentro del otro en Nazaret, a hacer nuestro el Nazaret de Dios?

1.- Descalzos

Ser llamados a vivir Nazaret es una gracia; por lo tanto, no podemos penetrar en esta tierra sagrada más que "descalzos", y no podemos pretender salir al encuentro del otro más que descalzos... Con el paso de los años, corremos el riesgo de acostumbrarnos a Nazaret, dejando que vacile peligrosamente la llama que un día encendió nuestro corazón con tal intensidad que dejamos todo para seguir a Jesús. Descalzarnos es reavivar y revivir el fuego del amor primero. ¿Qué me sedujo un día? ¿Cuáles fueron las "cuerdas de amor" con las que Nazaret me atrajo irresistiblemente? ¿Qué imágenes ilusorias de Nazaret han ido desmontándose en mi interior con el paso del tiempo? ¿Cómo se ha ido actualizando y concretando esta llamada a lo largo de los años? ¿Qué rasgos del evangelio de Jesús y del estilo de Carlos de Foucauld han ido grabándose con más intensidad en mi experiencia personal? De tanto en tanto, conviene ponerse a tiro para que el Espíritu nos desinstale con sus preguntas, un tanto insidiosas, y nos estimule a "volver a Nazaret", a "volver la mirada a Nazaret", a descalzarnos nuevamente.

Vivir descalzos significa, en segundo lugar, mirar a nuestro mundo y reconocer, quizá con un cierto azoramiento, que nuestra vida cotidiana es una vida privilegiada. Tenemos a nuestro alcance, diariamente, mucho más que lo indispensable, y sin embargo a veces vivimos como niños caprichosos a los que nada les basta ni les satisface. En un mundo roto por la injusticia, nuestras necesidades básicas están más que cubiertas, y este mero hecho debería mantenernos en una actitud de agradecimiento constante. Mientras que muchas personas duermen en la calle bajo el frío, nosotros tenemos una casa caliente, sábanas limpias y todo lo necesario para vivir, no sólo con dignidad sino

incluso con un cierto confort. Tenemos la gran suerte de ver cubiertas, diariamente, no sólo nuestras necesidades materiales, sino también las espirituales. Descalzarse es preguntarse: ¿tal vez me he acostumbrado? ¿he caído en la inercia? ¿vivo, vivimos, sin darnos cuenta, como el rico de la parábola, mientras que tantos "lázaros" esperan las migajas que caen de nuestro festín espiritual cotidiano?

Descalzarnos supone reconocer, agradecer, dejarnos sacudir y llevar más lejos en nuestras opciones. ¿Qué nuevo paso nos llama el Señor a dar, en nuestra llamada a salir al encuentro del otro? ¿A qué nos invita Nazaret, cuáles son los desafíos que nos lanza cada día este Jesús que no fue "el más pobre de los pobres" pero que compartió la condición de pobre de la inmensa mayoría y sufrió en su propia carne las consecuencias concretas de su elección?

Descalzarnos significa abrir bien los ojos para descubrir a este Dios que se revela a través de las circunstancias y los acontecimientos ordinarios. Para quienes hemos sido llamados a Nazaret, la vida cotidiana se transforma en lugar de revelación por excelencia, igual que lo fue para Jesús. Él gastó la mayor parte de su existencia terrena sumido en la misma rutina que el resto de sus paisanos, pero habitando la rutina de una manera absolutamente nueva y diferente. A partir de Nazaret, la rutina deviene "rutina habitada", porque Dios mismo la ha asumido desde dentro, penetrándola de sentido. Nazaret nos enseña que "todo es lugar de la presencia de Dios, todo es su templo". Los asuntos del Padre no permanecen encerrados en el sancta sanctorum de un recinto sagrado... ¡todo lo contrario! Es aquí, en el vaivén de la vida ordinaria, donde somos llamados a ocuparnos, con Jesús, de los intereses de su Padre. Lo cotidiano es el espacio privilegiado donde el Señor nos convoca, cada mañana, una y otra vez a discernir sus huellas y a compartir su destino.

2.- Inacabados

Sí, Dios nos llama a salir al encuentro del otro, una y otra vez, porque Nazaret es una espiritualidad para personas inacabadas. Nuestra vida, como la existencia humana de Jesús, va siendo tejida poco a poco por el Espíritu con los mimbres que encuentra. A pesar de las resistencias que dificultan su trabajo, las manos de Dios trenzan cada día nuestra realidad personal y comunitaria, con el amor y la creatividad que Dios hace desbordar en todas sus obras. Jesús no apareció en la tierra como hombre consumado, sino que fue atravesando progresivamente, de una manera única y particularísima como hemos visto,

cada etapa del desarrollo humano. Nazaret ocupa nueve décimas partes de la existencia terrena de Jesús: en Nazaret, Dios apuesta por lo inacabado, respetando los ritmos y los tiempos.

La espiritualidad de Nazaret, al poner uno de sus acentos en el carácter inacabado de la existencia humana, nos confronta a una gran riesgo cuyo reverso entraña, a su vez, una enorme aportación para nuestro mundo.

Vorágine vs sosiego.-: En nuestra sociedad tecnológica, donde todo se sucede tan rápido, donde la "obsolescencia programada" llega cada vez más pronto, la cadencia sosegada de la encarnación nazarena se convierte en un valor absolutamente contracultural. La necesidad de llegar a todo, de optimizar la gestión del tiempo, está a la base del riesgo de vivir en una permanente vorágine, hasta desembocar en esa patología tan propia de nuestro tiempo que es el estrés.

El DRAE define el estrés como la "tensión provocada por situaciones agobiantes que originan reacciones psicosomáticas o trastornos psicológicos a veces graves". El estrés se produce por el aumento de presión, impuesto por el medio externo o por la persona misma. Todos los días nos cruzamos con personas fuertemente estresadas por motivos que nos resultan bastante ajenos: el dinero, el éxito, la escalada profesional... Hasta hace unos pocos años, "la gente", entre comillas, se estresaba trabajando "como loca" con el objetivo de cambiar la gama del coche o del móvil, o de comprar una segunda vivienda. Hoy día, en plena crisis, la gente sigue estresándose por razones de menos nivel, con frecuencia para logar pagar la hipoteca y afrontar los gastos corrientes.

También nosotros podemos vivir acelerados, perdidos en una actividad profesional o de voluntariado desenfrenada, y sentir cómo, poco a poco, el corazón va secándose. Sin tiempo suficiente, o sin tiempo de calidad, para las relaciones gratuitas, para la oración sosegada, incluso para el descanso, vamos "quemándonos", y esto no es una buena noticia para nadie.

Frente a este peligro tan presente en nuestra cultura, la espiritualidad de Nazaret nos recuerda constantemente que "a cada día le basta su propio afán" (Mt 6,34) y que "siervos inútiles somos" (Lc 17,10). Jesús nos llama a construir el Reino, con Él y como Él... Desvivirnos no significa matarnos, sino dejar que nuestro centro sea Él, y no nuestra necesidad de éxito o de eficacia.

Sevilla, 25 de noviembre de 2017
Margarita Saldaña

Lo contrario del estrés no es la molicie, sino el sosiego. La espiritualidad de Nazaret nos invita a vivir como personas sosegadas, centradas en lo esencial, sin pretender grandezas que superan nuestra capacidad, aprendiendo a moderar nuestros deseos como un niño en brazos de su madre. Contra la polución que provoca el estrés, generar relaciones personales serenas y espacios de acogida gratuita en nuestras fraternidades, es una apuesta ecológica de primera necesidad. Que la gente pueda encontrar en nosotros, no una agenda sobrecargada que ofrece una cita de media hora para dentro de dos meses, sino una escucha disponible y una intercesión atenta.

Descubrirnos y vivirnos como "personas inacabadas" significa, entonces, dejar a Dios ser Dios, confiarle de verdad la misión de ir modelando tanto nuestra vida como el destino del mundo, saber que nuestra tarea consiste únicamente en no oponer resistencias... Inacabados, creciendo, en proceso, en buenas manos... como Jesús en Nazaret.

3.- Atentos

Personas descalzas, inacabadas... y atentas. La atención constituye un tercer rasgo de la espiritualidad de Nazaret que me gustaría subrayar como actitud necesaria para salir al encuentro del otro. Llamados a descalzarnos para recibir al Dios que se nos revela en esta tierra nuestra de lo cotidiano, invitados a embarcarnos en ritmos de vida sosegados que nos permitan centrar el corazón en lo esencial, va generándose en nosotros una "atención" particular. ["Tensión" y "atención" son dos palabras que suenan de manera parecida, sobre todo en algunos acentos y sin embargo nada tienen que ver. La tensión crispa, perturba; la atención concentra, ayuda a vigilar].

Los evangelios describen a Jesús como un hombre extremadamente atento, capaz de percibir detalles que a los demás les pasan inadvertidos. Esta atención es una facultad que requiere un largo cultivo y buenos maestros. María y José han debido de enseñar a Jesús a no fijarse en las apariencias, sino en el interior de las personas, y a valorar los pequeños gestos de generosidad absoluta que realizan los pobres (la viuda del templo). Esta atención convierte a Jesús en un hombre contemplativo, que descubre la acción de Dios en el mundo, la presencia del Reino en medio de los hombres a pesar de todas las apariencias. Gracias también a esta atención contemplativa, Jesús detecta los dolores más profundos de la humanidad herida y encuentra "la palabra y el gesto oportuno" para curar y consolar.

Sevilla, 25 de noviembre de 2017
Margarita Saldaña

La espiritualidad de Nazaret es una escuela privilegiada de atención, de la atención profunda del corazón. Hay, efectivamente, una forma de "atención", necesaria para vivir en sociedad pero superficial al fin y al cabo, que se reduce a la cortesía, a las buenas maneras. Una persona puede tener hacia otra "ciertas atenciones" que responden a códigos de precisos de urbanidad, sin por ello estar verdaderamente atenta a lo que el otro vive o sufre. [Podéis dejarme un vaso de agua sobre la mesa, porque está convenido, sin preguntaros jamás si estoy cansada o tengo verdaderamente sed].

La atención profunda que nos enseña Nazaret nace del sosiego y no puede crecer en medio del estrés. Por eso es tan importante cuidar una cierta "higiene de vida" psicológica, relacional, espiritual... [no apilar citas, encuentros, lecturas, aprendizajes...]. Se trata de una atención que permite reconocer al otro, acogerle y escucharle en profundidad. ¡Cuántas veces vemos sin mirar y oímos sin escuchar! Nuestra cultura, plagada de estímulos visuales y sonoros, no nos ayuda mucho. Por eso la atención que Nazaret propone es otro valor contracultural, para vivir bien encarnados en lo cotidiano.
Algunos ejemplos cotidianos de esta atención que me permite ir al encuentro del otro en "mi Nazaret":

- No puedo dar una moneda a todas las personas que piden en el metro, pero puedo cerrar mi novela y escuchar su discurso, el discurso de cada uno, el discurso monótono y poco creíble...
- Puedo escuchar lo que la persona dice, puedo acoger su dolor o su desesperanza, puedo presentársela a Jesús...
- No puedo evitar ni solucionar las guerras (¡ni las divisiones en Cataluña!) pero puedo estar atenta a "salvar la proposición del prójimo" [EE 22], concediéndole el beneficio de la duda.
- Puedo callarme y no echar leña al fuego en una discusión que no conduce a nada.
- Puedo adelantarme a echar una mano a una hermana sin que tenga que pedírmelo.
- Puedo responder con humor, y no con violencia, cuando un atolondrado me da un pisotón en la calle...

En fin, formas de "atención" cotidianas, a ras de tierra si queréis, pero que verifican en la concreción y el realismo de los grandes valores que nos hemos comprometido a vivir. Seguramente, la atención mutua que vivían José, María y Jesús en Nazaret pasaba por situaciones así de intrascendentes y banales...

Sevilla, 25 de noviembre de 2017
Margarita Saldaña

4.- Dispuestos

La atención hace de nosotros personas dispuestas. Descalzas, inacabadas, atentas, dispuestas.

Una persona centrada en Nazaret, antes de salir al encuentro del otro, debe preguntarse dónde dirige su mirada y dónde pone sus manos, cómo mira el mundo y cómo toca las heridas. Como grupo en la Iglesia, somos fraternidad, "somos Nazaret", cuando nuestras miradas personales, transformadas por la mirada de Jesús, van irradiando comprensión, empatía, acogida, misericordia, ternura.
Somos verdaderamente fraternidad cuando "nos remangamos", como José, "metemos las manos en la masa" humana y afrontamos el desafío cotidiano de vivir los valores del Reino más allá de nuestra tendencia a acomodarnos. La realidad, a veces tan áspera, espera que las manos de los seguidores de Jesús se acerquen suave pero firmemente, con inmenso respeto, con la firme determinación de no detenerse en la labor mientras un solo hijo de Dios siga siendo sufriendo las heridas causadas por los clavos de la injusticia y de la pobreza.

Mirada y manos, a un tiempo contemplativas y activas, como lo fue Carlos de Foucauld. Nazaret nos conduce hacia la unificación de la vida: no hay un momento para la contemplación y otro para la acción, sino que ambas dimensiones deben atravesar cada instante de nuestra existencia, integrándola, dotándola de un sentido hondamente evangélico. Como lo fue para Jesús, Nazaret, la vida cotidiana, está llamada a ser para nosotros el lugar donde descubrir a diario la presencia de Dios que nos antecede, y para sembrar sin desfallecer el Reino que nos ha sido confiado.

En Nazaret, la oración es activa y la acción es contemplativa. Mirar a Jesús no representa entonces un ejercicio intimista y desencarnado, porque Jesús apunta sin cesar a sus hermanos; amarle a Él, vivir prendadas de Él, significa desvivirse por Él, ocuparnos cada día de sus intereses. "Obras son amores", afirma con razón el refranero. "Amemos, no de palabra y de boca para afuera, sino con hechos y de verdad", exhorta Juan (1Jn3,18). La medida del amor es la donación de la vida, sin discursos, con obras concretas, "con hechos y de verdad", "al por menor", como diría Christian de Chergé ¡Cuántas ocasiones encontramos día a día para hacer nuestras las palabras del apóstol! ¡Cuántas oportunidades para

dejarnos configurar por el misterio de Nazaret, allí donde la mirada y las manos convergen hacia Jesús y se desviven por Él!

5.- Expuestos

La espiritualidad de Nazaret nos conduce, finalmente, a salir al encuentro del otro como personas expuestas. Personas descalzas, inacabadas, atentas, dispuestas, expuestas. En Nazaret, Jesús no vivió escondido de sus contemporáneos ni oculto del mundo, sino expuesto a lo mismo que el resto de sus paisanos: la alegría, la ternura, la amistad, el asombro, la fatiga, la injusticia, el rechazo, la angustia, la muerte. Entrar en Nazaret supone exponernos con Él a que la vida nos depare lo mismo que a nuestros paisanos, sin generar corazas afectivas, personales o institucionales, que nos protejan falsamente.

Exponernos a la acción del Espíritu, siempre imprevisible, atentos para escuchar su susurro en la brisa suave que recorre nuestras jornadas sin apenas darnos cuenta.

Exponernos a ser amados, no por nuestros méritos ni por nuestras buenas obras, sino porque la gente es mejor y más generosa de lo que a veces nos parece. Exponernos a un cariño que a veces nos desconcierta y que debemos aprender a integrar.

Exponernos a la palabra de verdad que nos confronta, que desenmascara las tretas organizadas para permanecer en nuestra zona de confort.

Exponernos a que la realidad, en su crudeza, nos hiera las manos y los pies, dañe nuestras utopías, sacuda gravemente nuestros ideales... Exponernos a que el dolor del mundo atraviese nuestro pecho como una lanza, en solidaridad con tantos millones de hermanos que hoy siguen siendo crucificados por la injusticia y la insolidaridad.

Exponernos, si Dios nos da la gracia, a compartir un poco más de cerca el sufrimiento de los pobres... cualquiera que sea la periferia donde el Espíritu nos envía.

¿Dónde aprender esta manera de vivir "expuestos", el estilo de Cristo, pero un estilo contracultural, que se aleja tan abiertamente de lo que el mundo nos

propone incesantemente? Hay un lugar por excelencia en el cual el Señor mismo va configurándonos con Él: la eucaristía.

En la eucaristía conmemoramos el don absoluto que Cristo hace de su vida. No es un mero recuerdo, sino una actualización permanente: por su vida, por su muerte y por su resurrección, Él nos ha salvado y nos sigue salvando, nos ha incorporado a Él y nos sigue incorporando cada día. Celebrar la eucaristía implica, entonces, mucho más que realizar cuidadosamente una serie de ritos aprendidos: supone recibir al Señor mismo, su palabra, su carne, su sangre, su pasión, su misión... y disponernos a que esa vida recibida de Él llegue, a través de nosotros, a nuestros hermanos y hermanas. Celebrar la eucaristía es aceptar la llamada a vivir expuestos.

En la tradición católica, y particularmente en nuestra tradición foucauldiana, la eucaristía ofrece, en un segundo momento, la riqueza insondable de la adoración. Evidentemente, la adoración se desprende de la celebración, no puede separarse de ella sin incurrir en una deformación grave, en una "cosificación" desencarnada. Sin embargo, bien comprendida, la adoración eucarística es un lugar especialmente cualificado para aprender a vivir expuestos.

La eucaristía, como la vida nazarena, es una forma de presencia de Dios particularmente "velada", discreta. Viendo un trozo de pan, como viendo a Jesús en su vida ordinaria, sólo los ojos de la fe pueden descubrir el misterio que contiene. En la eucaristía, como en Nazaret, encontramos al mismo Dios, al Santo de los santos que antiguamente residía en el sancta sanctorum, al Santísimo en Persona. Pero no le encontramos, ni en Nazaret ni en la eucaristía, revestido de sus atributos de gloria, sino pequeño, vulnerable, "Expuesto". No somos nosotros quienes vamos al encuentro del Señor en la adoración; es el Señor mismo quien se expone libremente, por pura gracia, ante nuestra mirada tantas veces distraída, esperando el encuentro.

Dios se expone en Nazaret a todos los avatares de la existencia humana. Dios se expone en la eucaristía, hasta el final de los tiempos, al amor de los creyentes... y a su "pasar de largo", a la veneración profunda y al desprecio. A través de la adoración, el Dios expuesto seduce nuestra mirada, la centra y la concentra, y al mismo tiempo nos configura misteriosamente con su manera de ser y de vivir. ¿Cómo contemplar al Dios vulnerable, a Jesús hecho uno de tantos en Nazaret... y no arder en deseos de vivir con Él y como Él: pequeños, entregados, atentos,

expuestos? ¿Cómo adorar al Señor y rechazar la consecuencia directa de la adoración: dejarnos comer y beber por la humanidad hambrienta y sedienta de sentido, de evangelio?

Nazaret, por tanto, no es un recinto de "inmunidad diplomática" que garantiza una vida tranquila y apacible, sino un lugar peligroso donde la contemplación del Señor empuja a realizar las acciones del Señor. Y todo ello en el seno de la vida ordinaria, donde el heroísmo y la radicalidad se juegan en los detalles pequeños que tanto cuestan, en la vida donada al pormenor.

Conclusión

Después de todo, podemos y debemos preguntarnos cada día: en un mundo herido de individualismo ¿es posible ir al encuentro del otro en Nazaret? La realidad me convence permanentemente de que sí, por medio de las pequeñas historias compartidas con la gente próxima, y también por medio de los movimientos sociales y culturales que buscan una forma alternativa de vivir y de relacionarse. Nazaret puede tener una palabra que decir a los que buscan ritmos más humanos, que permitan saborear la hondura de la vida, por ejemplo el "movimiento slow" (Carl Honoré, *Elogio de la lentitud*). Pero Nazaret es un estilo "inconfortable" y "contracultural", que combina mal con propuestas que se ciñen al "bienestar", sobre todo a "mi" bienestar, sin tener en cuenta el mal y la injusticia que desgarran el mundo. (Pienso en la "filosofía hygge –houga- de los daneses y su búsqueda de la felicidad leyendo al lado de la chimenea).

El mundo sigue necesitando la espiritualidad de Nazaret, tejida de buena noticia, de anuncio y de denuncia. La actualización constante de este misterio es un desafío permanente para cada uno de nosotros, para cada una de nuestras fraternidades, depositarios todos del legado nazareno de Carlos de Foucauld.

Terminemos escuchando la palabra de Jesús en el evangelio de Marcos (Mc 4,21-23), una palabra que es certeza y llamada:

> "¿Acaso se trae la lámpara para ponerla debajo del celemín o debajo de la cama? ¿No es para ponerla sobre el candelero? Pues nada hay oculto si no es para que sea manifestado, nada ocurre en secreto que no llegue a saberse. Quien tenga oídos para oír, que oiga".

Muchas gracias.

Sevilla, 25 de noviembre de 2017
Margarita Saldaña

Sevilla, 25 de noviembre de 2017
Margarita Saldaña